



**Juan José Bremer, *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la diplomacia: de Westfalia a San Francisco*, México, Taurus, 2010, 384 pp.**

En el prólogo a un libro de su autoría, publicado por primera vez en 1927, Stefan Zweig escribió:

Ningún artista es ininterrumpidamente artista durante las veinticuatro horas de su jornada diaria. Todo lo que de esencial, todo lo que de duradero consigue, se da siempre en los pocos y extraordinarios momentos de inspiración. Y lo mismo ocurre en la Historia, a la que admiramos como la poetisa y la narradora más grande de todos los tiempos, pero que en modo alguno es una creadora constante. [...] Han de transcurrir millones de horas inútiles antes de que se produzca [...] uno de esos momentos [que] marcan un rumbo durante décadas y siglos.<sup>1</sup>

Si no supiéramos que fueron escritas hace 84 años, las líneas que anteceden bien podrían haber tenido el propósito de prologar el libro más reciente del diplomático mexicano Juan José Bremer, *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la diplomacia: de Westfalia a San Francisco*, en circulación bajo el sello Taurus. Al revisar el índice de esta obra —escrita desde una aproximación oscilante entre la historia de las relaciones internacionales y

<sup>1</sup> Stefan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad*, Barcelona, Acantilado, 2002.

la política internacional— se observa cómo Bremer hace eco del paralelismo que el escritor vienés encontraba entre la intermitencia caprichosa con que brotan los frutos de la inspiración artística y la imprevisibilidad de los acontecimientos que marcan el curso de la historia internacional.

El libro aborda cuatro momentos de la historia moderna: la Paz de Westfalia (1648), que puso fin a la Guerra de los Treinta Años y marcó un punto de inflexión al secularizar la concepción y la práctica de la política; el Congreso de Viena (1815), posterior a la terminación de las guerras napoleónicas y que dio lugar al concierto de Europa; la Conferencia de Paz de París (1919) y la suscripción de los Tratados de Versalles, y la formación de las Naciones Unidas tras la Segunda Guerra Mundial, al igual que la creación de un nuevo orden internacional entre 1944 y las postrimerías de la década de 1950.

Los cuatro episodios, de acuerdo con el autor, comparten algunos rasgos comunes:

1. No fueron guerras locales: los primeros dos casos involucraron a los poderes de sus respectivas épocas, en su ámbito regional, mientras que los dos últimos tuvieron efecto global.

2. Estos enfrentamientos repercutieron en lugares que estaban más allá de los campos de batalla. La Guerra de Treinta Años y las guerras napoleónicas tuvieron consecuencias allende el continente europeo y las dos grandes conflagraciones dieron paso a un nuevo periodo de mundialización de la política y la economía.

3. Asimismo, estos conflictos coincidieron con etapas de transición y su estallido provocó grandes transformaciones de las ideas, las instituciones y la vida social (p. 18).

Cada uno de estos procesos de pacificación fue consecuencia de la ausencia de mecanismos que hicieran posible y efectiva la gobernabilidad y la convivencia pacífica entre las naciones. De ahí

la explosión violenta que los precedió y la necesidad, en medio de la tragedia y la devastación, de que se erigieran en esfuerzos de conciliación y armonización de intereses, con el propósito de encauzar las relaciones sobre bases distintas y pretendidamente estables.

A lo largo del libro, el autor analiza y compara los distintos procesos de paz. No obstante, la descripción de cada proceso, a un tiempo ilustrativa y fluida, permite que el lector establezca paralelismos en el tiempo y advierta por sí mismo más similitudes y diferencias, novedades y repeticiones, que las que Bremer señala de manera expresa con el propósito de dotar a la obra de un hilo conductor que facilite la lectura integral de sus seis capítulos.

En la Introducción, Carlos Fuentes destaca el valor pedagógico de la obra, lo que en modo alguno la convierte en un libro de texto, pues su lectura sigue siendo provechosa, aun cuando el lector no conozca a profundidad los antecedentes de cada momento histórico o incluso si es experto en alguno de ellos, toda vez que el mosaico resultante y la particular interpretación del autor se pueden apreciar en su real dimensión si se atiende a la narración secuencial de su estructura y si se adopta la perspectiva panorámica del periodo de cuatro siglos que ofrece *Tiempos de guerra y paz*.

Bremer destaca en el Prólogo el factor personal detrás de las decisiones de poder, un aspecto que será constante en el libro: “En los momentos de crisis se enfatiza el arbitrio individual y los estadistas sobresalen durante las guerras y en la negociación de la paz. [...] En medio de fuerzas e inercias poderosas, sus acciones y omisiones no sólo marcaron las pautas, sino que determinaron el curso de los acontecimientos” (p. 19).

Al respecto, en una obra maestra del ensayo político, José Ortega y Gasset sostuvo que la intuición de los grandes políticos y estadistas consiste en una particular combinación de

clarividencia y astucia, distinta de la inteligencia propia de la intelectualidad, pero no esencialmente reñida con ella. Según Ortega y Gasset, de estos personajes que dejan su impronta en el tiempo no se pueden predicar actitudes egoístas o altruistas, pues en ellos lo propio y lo ajeno se confunden, dominado su espíritu por un impulso irrefrenable de crear, de marcar el signo de los tiempos. Opuestos a los hombres magnánimos, cuyo nombre se asocia con la historia, Ortega y Gasset ubica a los sujetos pusilánimes, carentes de la intuición que el filósofo español atribuye a los personajes magnánimos; de ahí que unos y otros conformen especies distintas y detenten perspectivas morales contrapuestas.<sup>2</sup>

En su libro, Juan José Bremer documenta, con amplitud y rigor, numerosos ejemplos de personajes cuyas vidas se encuadran en los extremos de la magnanimidad y la pusilanimidad que dibuja la dicotomía orteguiana, entre otros: Carlomagno, Gaspar de Guzmán, Napoleón, Bismarck, Guillermo II, Carlos V, Cromwell, Clemenceau, Lloyd George, Wilson, Richelieu, Churchill, De Gaulle.

Quizá por cierto orgullo gremial, pero sin duda como un acto de justicia, Bremer pone de relieve la importancia del trabajo desplegado por los diplomáticos durante las conferencias y los procesos de paz. No podía ser de otro modo, tratándose de un autor que ha tenido a su cargo, durante casi tres décadas, la representación de México como embajador en países como Estados Unidos, Unión Soviética, Alemania, Reino Unido, España y Suecia.

Como afirmó el escritor inglés William Hazlitt en un ensayo de 1826, a pesar de que el espíritu de una determinada

---

<sup>2</sup> José Ortega y Gasset, "Mirabeau o el político", en José Ortega y Gasset y Jesús Reyes Heróles, *Dos ensayos sobre Mirabeau*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 35-38.

época obligue a sublimar la intemperancia del carácter, ésta se mantiene viva gracias a que en la imaginación permanecen incommovibles los fantasmas que provocan terror y odio.<sup>3</sup> En este sentido, la revisión del periodo de cuatro siglos que abarca *Tiempos de guerra y paz* parece indicar que esa suerte de autocontención mencionada por Hazlitt, cuando se desdobra desde el plano individual y trasciende a lo colectivo, y por cuya virtud se impide por algún tiempo la exteriorización de los antagonismos, sólo es el prelude de un nuevo estallido, pues al mantener latente la posibilidad de la violencia, termina por incubarla.

La dialéctica de la Historia se encarga de enseñar que lo que no cesa del todo está destinado a renacer. Como apuntaba Octavio Paz, la Historia es un extravío, una exploración sin rumbo que obliga a un recomienzo continuo<sup>4</sup> y termina por desmentir la idea de una supuesta racionalidad que le es intrínseca.<sup>5</sup>

En un bosquejo de las costumbres y del estado de ánimo de su generación al cruzar el umbral del siglo xx, que lo menos que hacían era presagiar la inminencia de una hecatombe, Zweig escribió:

En aquellos años todos nosotros absorbíamos energía del impulso general de la época y nuestra confianza personal se alimentaba de la colectiva. [...] Pero todo lo que nos llenaba de júbilo a la vez constituía, sin que los sospecháramos, un peligro. La tempestad de orgullo y de confianza que rugía sobre Europa arrastraba también densos nubarrones. [...] La sensación de poder siempre

---

<sup>3</sup> William Hazlitt, *El placer de odiar*, Barcelona, Nortedur, 2009, p. 10.

<sup>4</sup> Octavio Paz, "La imagen", en *Obras Completas*, t. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 117.

<sup>5</sup> O. Paz, "La búsqueda del presente", en Rafael Cordera y Eugenia Huerta (coords.), *La Universidad y la tolerancia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 95.

induce a hombres y a Estados a hacer uso o abuso de él. [...] La sangre se subía a la cabeza de todos los Estados y la congestionaba. De la fecunda voluntad de consolidación interior surgió, a la vez y por doquier, un afán de expansión que se propagó como una infección vírica.<sup>6</sup>

En este sentido, Zweig apuntaba que apenas rebasada la primera década de 1900 “todavía no cundía el pánico, pero sí una inquietud que quemaba lenta, pero constantemente”.<sup>7</sup>

A propósito de este periodo de la historia europea, Bremer nos recuerda que “en los primeros meses de 1914, Europa estaba dividida en dos poderosos campos de fuerza, ambos respaldados por una creciente industria militar. El terreno estaba abonado y la tensión se sentía en las cancillerías, las oficinas de los periódicos y los salones de las grandes” (p. 114). Ese clima de incertidumbre habría de desembocar en la primera confrontación bélica que, a partir de 1914, supuso:

Una nueva forma industrializada de conflicto que brutalizó el mundo moderno: la destrucción se convirtió en una deliberada política de todos los países combatientes. Se creó una oscura dinámica que produjo la más extensa devastación social y cultural, y asesinatos masivos que no se habían visto en el continente europeo desde la Guerra de los Treinta Años (p. 116).

En este sentido, *Tiempos de guerra y paz* nos muestra cómo el mundo, una vez concluido un episodio traumático de violencia y mortandad, de inmediato se aprestó a sentar las condiciones para una *vuelta* —como decía Paz— de sus peores demonios.

---

<sup>6</sup> S. Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2007, pp. 253-254.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 255.

Bremer resalta la recurrencia de esta fatalidad histórica al recordar las palabras del primer ministro inglés, David Lloyd George, en 1918: “No debemos dejar que la revancha, el espíritu de la codicia o cualquier impulso incontenible afecten el principio fundamental de lo que es correcto” (p. 127). Dos décadas después, el estallido de la Segunda Guerra Mundial vendría a demostrar con crudeza lo infecundo de su llamado.

El nuevo libro de Juan José Bremer adquiere —sin que su autor pudiera habérselo propuesto por la simple razón de los periodos históricos que trata— una distintiva nota de actualidad, pues ofrece algunas claves históricas para comprender los acontecimientos políticos recientes en países como Túnez, Egipto y Libia, que han supuesto, no sin derramamiento de sangre, el derrocamiento de regímenes unipersonales que, bajo ropajes ritualmente democráticos y con el apoyo de potencias occidentales, se perpetuaron en el poder durante décadas.

*Tiempos de guerra y paz* nos permite rastrear las motivaciones históricas por las que surgieron los actuales Estados árabes y nos muestra que el territorio sobre el que hoy se asientan esos países ha sido ininterrumpidamente objeto de las ambiciones expansionistas y coloniales de las grandes potencias. Lejos de considerar que el autoritarismo, las expresiones fanáticas, la violencia y el déficit de libertades sean rasgos atribuibles a la cultura árabe o a sus formas de organización, el libro de Bremer explica cómo los arreglos entre los países occidentales han sido el principal factor de potenciación de los conflictos en esa parte del orbe. Con ello se refuerza la tesis según la cual el Estado-nación en el mundo árabe fue un resultado atropellado del fin del colonialismo propiamente dicho, así como del afán occidental de mantener centros estratégicos de interés económico y geopolítico en la región.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Gema Martín Muñoz, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Bellaterra, 1999.

En el epílogo de su libro, a modo de síntesis y diagnóstico, Bremer establece semejanzas fundamentales entre el momento presente, marcado por la depresión económica internacional que inició en 2008, y las crisis que precedieron los procesos de paz que analiza.

También advierte los obstáculos que habrá de enfrentar la construcción de un nuevo orden internacional en virtud del férreo control de las grandes potencias, pero, al mismo tiempo, pondera el caso de la integración europea como una “obra monumental de ingeniería política” (p. 318), el signo más alentador en el camino hacia un nuevo equilibrio mundial, que el autor vislumbra como posible a pesar del determinismo imperante tras el fin de la bipolaridad. Al respecto, nos dice: “Las experiencias del pasado nos muestran los límites de lo posible, pero también que lo posible es una dimensión elástica” (p. 319).

*Farid Barquet Climent*  
*Raúl Carlos Díaz Colina*